

Prólogo

El libro que tienes en las manos se fundamenta en tres constataciones básicas: las personas somos inclasificables, las personas somos sociales y las personas somos responsables.

Las personas somos inclasificables

Por muchas etiquetas que se busquen y por más sofisticadas y sutiles que sean, siempre son insuficientes y, de hecho, inadecuadas para describir lo que somos como personas. La originalidad individual emerge una y otra vez, y lo hace no en unas pocas excepciones que confirman la norma, sino en cada una de nosotras: todas experimentamos en un momento u otro la estrechez y la inadecuación de las etiquetas que llevamos colgadas; sentimos que somos más de lo que podemos describir y clasificar; sentimos que lo que en nosotras es todavía clasificable es lo que debería ir desapareciendo para dar lugar a lo inédito y al gozo creativo que se le asocia.

Las personas somos sociales

Somos sensibles a lo que los otros piensan de nosotras, y nos afectan las normas sociales explícitas e implícitas. Estas pueden ejercer violencia sobre nosotras hasta hacernos dudar de nuestro valor e

impulsarnos a modificar nuestro cuerpo o nuestro espíritu para adaptarlo a lo que los otros esperan de nosotras. Queremos ser «normales» y queremos ser aceptadas. Pero la dimensión social también hace posible que nos lleguen, a través de las personas que nos rodean (a veces en forma de libro ilustrado), la inspiración y la motivación necesarias para empezar a atrevernos a ser nosotras mismas y para expresar nuestro deseo.

Las personas somos responsables

Que es lo mismo que decir que somos libres. Que todas las imposiciones y todas las influencias que nos llegan de fuera, aunque nos puedan afectar mucho, no nos dejan nunca sin margen de maniobra. Hay un rincón del corazón donde no llega nadie, por más poder que tenga alguien sobre nosotras. Es un rincón testarudo que a veces querríamos acallar porque, si tomamos consciencia de él, nos hace propuestas incómodas como «no esperes a mañana», «actúa», «toma la iniciativa», «mójate».

Estas tres dimensiones básicas de nuestro «ser personas» las encontraréis en este libro aplicadas a la sexualidad y a la clasificación binaria que llamamos «género» y que nos sitúa a cada una de nosotras en un cajón que se llama «ser

mujer» o «ser varón». Si se nos clasifica como mujeres, se espera de nosotras que actuemos de «forma femenina», y si se nos clasifica como varones, se espera que nos comportemos de «forma masculina». La validez de la clasificación mujer/varón y de las expectativas sociales que se le asocian se encuentra hoy en día en discusión.

Yo me sitúo entre las personas que piensan que el origen de esta clasificación no es casual ni arbitrario, sino que radica en el hecho de que hay personas que pueden quedarse embarazadas y dar a luz y otras que no pueden. No es este el lugar donde desarrollar con el detalle que se merece la importancia de la maternidad, pero sí es el lugar donde afirmar que a partir de esta característica de «ser madre» se han construido, a lo largo de la historia, las diferentes modalidades de eso que llamamos «género» y que los autores de este libro nos proponen atrevernos a dibujar de nuevo.

Para mí, que creo que las clasificaciones de género, aparte de ser culturales —cuestión obvia e innegable— tienen una base biológica, es una alegría que aparezca un texto (ilustrado) como este, porque aceptar la base biológica del género no equivale a estar de acuerdo con el «determinismo biológico». Lo que soy en cuanto persona, también en lo sexual, no es nunca el

fruto pasivo de algo previo a mis actos conscientes. Estos no nacen de la nada, pues son respuestas a algo previo a ellos; pero es precisamente la respuesta que doy a este «algo previo» lo que me constituye como sujeto. En ese sentido, lo quiera o no, por el hecho de ser persona me «dibujo» de nuevo en cada uno de mis actos, tanto en la sexualidad como en todos los aspectos de mi día a día.

He empezado afirmando que el libro se basa en tres constataciones básicas, pero en realidad tendría que haber incluido una cuarta: las personas tenemos sentido del humor.

Parece que los regímenes totalitarios lo primero que hacen es ir en contra de los intelectuales de un país para intentar neutralizarlos o eliminarlos y parece que, entre estos, los que más molestan son los humoristas. Y es que el humor, lejos de ser puro entretenimiento o distracción de los problemas reales, a menudo es la vía más directa para ir gestando lo que se denomina «libertad de espíritu». Y, una vez gestada, la «libertad de espíritu» es muy difícil de acallar...

Teresa Forcades i Vila
Monja de Sant Benet de Montserrat

Traducción de Núria Bover